F1411
S6

La propiedad literaria de esta Disertación está asegurada en la forma prescripta por la ley.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

AL recibir en la soledad del retiro á que pertinaz dolencia me tiene confinado, la fausta nueva de que acababa de aparecer bellamente impresa una obra histórica del Sr. Lic. D. Genaro García, llamada, en el sentir de mi informante, á producir honda conmoción entre los que se dedican á este género de estudios, sentí inmenso júbilo. Porque la publicación de un libro de ese linaje, es una señal de que hay todavía en México quien se dedique á graves y educativas disquisiciones históricas, y es consolador saberlo en los días que corren, de apartamiento y desdén hacia lo que no conduzca derechamente á obtener, en vez de brillantes palmas de gloria, grandezas materiales y por su medio el respeto y los halagos que aparejados trae consigo la riqueza. La publicación de una obra extensa, desprendida de toda ambición innoble, la juzgué desde luego como una prueba palmaria de que *la fiebre de los negocios* permite á las veces la ejecución de trabajos que demandan un espíritu sereno, libre de las preocupaciones que absorben por completo á los que no conocen los apacibles y tranquilos goces de que las letras son inagotable manantial.

Ardí desde aquel momento en deseos por obtener el nuevo libro, y antes de mirarlos satisfechos, llegó á mis manos el entusiástico ó, para decir toda la verdad, el fervoroso elogio que del autor y de la obra hizo en las columnas de un diario, otro joven escritor á quien las letras patrias son deudoras de muchas y muy interesantes lucubraciones también históricas: el Sr. D. Luis González Obregón.

La lectura de ese elogio vino á llenarme de tristeza, decirlo de-

002757

bo con toda sinceridad. Y no se crea que despertó en mí tal sentimiento por lo que en honra del Sr. García allí se expone,—que ajeno soy á rastrera envidia,—sino porque me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón.

Aunque prevenido así mi ánimo, consagréme á la lectura de la flamante producción, con detenimiento tan grande, que más bien que lectura fué estudio el que de ella me propuse hacer. Fruto de ese estudio es la disertación que hoy ofrezco al público lector, temeroso, no debo ocultarlo, de que provoque torcidas interpretaciones.

Como quiera que sea, debo comenzar y comienzo por hacer una declaración previa, y es: que en la análisis y crítica de la obra del Sr. García no entra por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributan, ó de rebajar la gloria á que noblemente aspira quien, como él, se lanza á las arriscadas lides de la inteligencia en filas que cada día se aclaran más y más se merman en México. No obedecen ciertamente á tales propósitos las observaciones que trato de hacer, dicho quede desde ahora; para que ni él ni nadie, me tengan por adepto de la escuela lapidadora de reputaciones, ó por ministro de esa especie de iglesia que sólo tiene anatemas para los que en ella no comulgan. Porque ¿quién lo ignora? Suele entre nosotros, cada vez que aparece un nuevo libro, desencadenarse una tempestad de dicterios y diatribas capaces de infundir, al autor sobre el que esa tempestad descarga su furia, incurable tedio y enervador desaliento; suelen recogerse amargos frutos en vez de paladear la dulcísima satisfacción que se experimenta al oír juicios imparciales, de recta intención, que si bien es cierto, son, en ocasiones, desfavorables, revelan siempre que no ha pasado inadvertida la obra y que por lo mismo que no se la encuentran baladí se la estudia y se la discute.

Antipatías personalísimas y espontáneas, emulaciones ruines, intransigencias de sectarios, fanatismos de escuela, en apretado ayuntamiento se conjuran para socavar los cimientos que pone el escritor para asentar en modesto pedestal su nombre. Diríase que las pasiones innobles, á semejanza de aquellos insectos parasitarios que se amontonan sobre las ramas florecidas de algunos vegetales para secarlos é impedir que lleguen á dar sazonados

y deleitosos frutos, se asocian é hincan el diente envenenado en el publicista que sólo alentaba la aspiración generosa de ofrecer á sus compatriotas el panal elaborado tras largos y penosos desvelos con lo que de mejor había en su cerebro, ó con la miel recogida en las flores de otros intelectos.

El recuerdo en este lugar y en el actual momento, de ese linaje de obstáculos, no es inoportuno, por mucho que maraville á los que piensan, porque no están al corriente de lo que pasa entre nosotros, que la avanzada ilustración que sin cesar se pregona ha hecho ya desaparecer esos obstáculos. No, los antiguos procedimientos están aún en uso, á pesar del modernismo imperante en ciertos géneros literarios.

Vea pues, el Sr. García en lo que voy á decir, no la censura enconosa ni el apasionado ataque, sino la expresión franca y sincera de mis convicciones, sin presuntuosos dogmatismos ni pujos de magisterio ridículo. Al manifestarle lo que siento y pienso después de estudiar detenidamente su libro, no presumo, por más que dicte mis razonamientos el amor purísimo á la verdad, que ese sentir y ese pensar lo hayan compenetrado de tal modo, que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Lo primero que se debe de cuidar cuando se trata de refutar una tesis, es no interpretarla maliciosamente, sino exponerla con la mayor fidelidad. Procediendo así, el autor de ella no puede acusar á su impugnador de atribuirle ideas que no son las suyas ó de tergiversar aquellas cuya paternidad reconoce.

Obedeciendo este precepto fundamental de toda crítica sana y justiciera, comenzaré por dar á conocer,—á quienes no hayan leído el libro del Sr. García,—el asunto en que se ocupa, el propósito que persigue, y el procedimiento empleado para deducir las conclusiones que de su obra se desprenden. Y como deseo alejar de antemano toda sospecha de prejuicios ó apasionamientos, voy á valerme de la síntesis hecha, no por otro crítico, sino por un panegirista devoto de la nueva producción, que con ella comulga, y á quien por tales motivos no podrá tachar el Sr. García. Refiérome al Sr. D. Luis González Obregón que es,—como no sin razón asienta el autor del *Carácter de la Conquista española en América*,—«un joven que ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición, cuanto por su juicio claro y sereno.»

Dice, pues, el Sr. González Obregón:

«En el libro 1º de esta importante obra, el autor estudia los antecedentes indispensables á la materia en que se ocupa, á saber: al pueblo español desde la época de la dominación romana hasta la de Felipe II; pueblo que odia á los infieles por fanático, que comete con ellos crímenes que horrorizan por cruel, y que les arrebata sus riquezas por avaro. Estudia también la índole de los españoles venidos á América, deteniéndose en considerar aparte á los seglares y á los eclesiásticos: los primeros de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio; aventureros por lo menos, que emigraban en busca de fabulosas riquezas; los segundos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.

«Con estos antecedentes, que reseña hábilmente á grandes rasgos el Lic. García, los hechos que informan el libro segundo de su obra, se explican fácilmente; pero el ánimo más sereno é imparcial se subleva contra aquella serie de iniquidades que los castellanos cometieron con los vencidos. Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos, que acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América, la cual encharca los pueblos en sangre, despoja de tierras y fortuna á sus habitantes, y á pretexto de evangelizarlos los embrutece y esclaviza.

«Cuadro tan desolador, sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.

«Especial capítulo consagra el autor á la Conquista de México, y sin temor de pecar por lisonjero, juzgo que es un cuadro completo y fiel de ese período histórico de nuestros anales, que además contiene nuevas é importantes investigaciones que habían escapado á la erudición de los contemporáneos.

«En el libro tercero y último de la obra, el autor se ocupa en estudiar los «Resultados de la Conquista,» como fueron, las guerras de invasión, la conducta posterior de los castellanos, la población indígena precolombina, la despoblación general de América, y la degeneración de los naturales. Consigna un dato el autor en este último libro, que es el resumen, la mejor síntesis de cómo se hizo la Conquista y los resultados de ella para los vencidos;

dato de un español, del Cronista Mayor de las Indias, Don Antonio de Herrera, quien dijo que: «se falla que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, «quarenta millones en todas las Indias;» e de solo cargar los ombres, «quince millones.»

Como se ve, evitó cuidadosamente el Sr. García apuntar siquiera un solo hecho digno de loor en los conquistadores; no dejó ni el más débil intersticio por el cual pudiese penetrar un rayo de luz que contrastara con la densísima tiniebla; cubrió la tierra toda de sangre y de cadáveres, evocó espectros pavorosos, hizo resonar de nuevo los ayes de las víctimas; pobló el aire de maldiciones, recogió los desahogos más virulentos de los censores coetáneos de Cortés, y terminó por exclamar con santa indignación: he ahí á los conquistadores de América hundidos hoy por mi brazo vengador en noche eterna; execradlos sin tregua ni descanso; de su obra impía no se han derivado sino desgracias; las generaciones que tienen principio y raíz en los conquistadores, llevan la mancha indeleble de este nuevo *pecado original.*

Ciertamente que el Sr. García no ha estampado estas mismas palabras; no, lejos de mí el calumniarle; pero, aun sin leer su libro, con leer no más la síntesis que acabamos de copiar, debida al Sr. González Obregón, cualquiera comprende que no peco de exagerado al imaginar que pudo concebir esa idea ya que no expresarla.

Y bien, ¿es esta la manera de escribir la historia? ¿este es el concepto que los más ilustres publicistas tienen formulado sobre la magna y educadora empresa de evocar el pasado? ¿Tal es, en el sentir del Sr. García, el fruto opimo de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Si las disquisiciones de esta índole no han de tener más objeto que acumular testimonios desfavorables á los hombres de otros siglos, espigando al efecto aquí y allí, en determinadas obras que legaron á la posteridad algunos varones austeros y generosos que no compartieron los errores, los vicios y los crímenes que informaban la conducta de los soldados y aventureros de su época, y que por haber sabido sobreponerse al influjo de las ideas entonces comunes y corrientes, las encontraron no sólo absurdas sino perniciosas y las condenaron con viril entereza; si el sociólogo de nuestros días debiera manejar no la pluma sino el escalpelo, y su tarea se redujera á destrozar en la plancha del anfiteatro osamentas, que no cadáveres, por el solo placer de proclamar que los guerreros de pasados siglos fueron un receptáculo de todo lo deforme, de todo lo nauseabundo, de todo lo que por infame inspira

odio, entonces no hay objeción ni reparo alguno que hacer á la ingrata labor emprendida por D. Genaro García y de la que es fruto el libro que acaba de dar á la estampa. Pero como por muy distintos senderos discurren los pensadores que encauzan las corrientes intelectuales en los días que alcanzamos, inquiriendo la verdad por el solo hecho de ser digno de espíritus esforzados ponerla al servicio de la humana especie, maravilla y entristece que un joven empapado en las teorías modernas, cultor ferviente de los estudios sociológicos, admirador devoto de Spencer, emplee largos días en la busca pacientísima de cuanto puede conducir á demostrar que los conquistadores del siglo XVI, que al nuevo mundo llegaron, fueron nada más que *españoles de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio, si seglares, y si eclesiásticos avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.*

El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como le habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo, rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable, y esa transformación se debe á que se hundió en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, no para extraer perlas de magnífico oriente—pocas que fueran pero siempre valiosas y dignas de imperial diadema—sino las negras conchas de moluscos viscosos, abandonadas en el fondo del Océano; sucias envolturas de cadáveres que, por dicha, no despiden ya miasmas deletéreos, porque los siglos, como las aguas saturadas de cloruro de sodio, destruyen los gérmenes de descomposición. ¡Buzo infortunado en verdad!

El Sr. García ha enhebrado sus descubrimientos en un hilo que si no fuera tan negro, apenas sí sería perceptible, y que de ese color se le buscó precisamente para que no hubiera solución de continuidad entre sus comentarios y los pasajes de los cronistas adversos á los conquistadores.

Yo comprendo á Taine hacinando en sus *Orígenes de la Francia contemporánea* iguales ó mayores y más espantables crímenes que los que hace desfilar ante nuestros ojos en procesión siniestra el Sr. García; porque Taine desafió así, con audacia pocas veces superada, las iras de no escasa porción de un pueblo que todavía se ufana proclamando las doctrinas de los hombres del 93; porque Taine asestaba sus tiros á los sectarios de una pseudo religión disolvente, capaz de conmover los fundamentos en que descansa no la sociedad francesa nada más, sino todas las sociedades cuyo acerbo civilizador es la Francia. No sólo le comprendo, sino que le admiro cuando medito en la generosidad y grandeza de su anhelo

por destruir ídolos cuyo culto tiene feroces ministros, para lograr saludable regeneración, y cuando le veo procurar reducir á sus naturales proporciones con la poderosa masa de su personal criterio, figuras que aún están de pie sobre altos pedestales, no le supongo poseído de un furor iconoclasta irreflexivo y ciego, sino que le reconozco como insigne revelador de verdades, para que su patria y la humanidad cuyos son los senderos que trata de iluminar, no caminen desatentados á precipitarse en pavorosos abismos. ¿Pero, ocurre nada de esto en la obra del Sr. García? Lejos, muy lejos de ser así, nadie tributa, aquí ni en ninguna parte, culto á los conquistadores de América en el siglo XVI; nadie ni los más retrógrados, los enaltece y presenta como modelos dignos de ser imitados; ninguno los ha llamado impecables, sin mácula; ninguno suspira por el régimen que fué la consecuencia indeclinable de la conquista. El credo republicano hoy, no es una mera idea especulativa; la democracia es un dogma; cada uno de los mexicanos está dispuesto á ofrendar su sangre y su vida misma en aras de su patria libre, de su patria independiente, de su patria grande y próspera bajo la tricolor bandera que es su lábaro sacro.

Esto de una parte; de otra, la nación progenitora ni nos acecha ni amenaza; antes por el contrario, ambiciona estrechar los lazos de amistad que se crearon una vez muertos los odios y rencores á que diera ser la lucha que á nosotros nos hizo independientes y á ella mermó sus dominios. Por eso no veo fin práctico y útil en la labor llevada á cabo con energías dignas de mejor causa por el Sr. García; por eso creo que viene fuera de sazón ó tiempo oportuno. De más de esto, no es generoso, no es hidalgo en los momentos actuales acribillar á un pueblo desangrado por enemigo potentísimo, desposeído de las colonias ultramarinas que conservaba todavía en el último lustro del siglo XIX; á un pueblo que pugna por regenerarse y que, con la mirada fija en lo porvenir, no ha de querer ni poder emplear el tiempo en vindicarse de lo pasado y en reivindicar sus antiguas glorias. Y aun suponiendo que los españoles de hoy fueran nuestros enemigos, todo ataque ó provocación es censurable. La España de 1901 es un herido al que cobija una tienda sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja.

Demos por sentado en abono del Sr. García, que no trató de encararse con la España de nuestros días, y que al reconstruir á su modo la historia de la Conquista de América, persiguió únicamente el esclarecimiento de la verdad. Pues bien, ni aun concediendo

que así haya sido, se justifica la virulencia de sus afirmaciones ó juicios, y su sed insaciable de noticias desfavorables á los españoles del siglo XVI, para presentárnoslas.

Que al servicio del tal empeño pusieran sus conocimientos los que prepararon el movimiento insurreccional de 1810 para romper las ligaduras que la nación dominadora forjó y mantuvo durante tres siglos, bien se comprende y explica. Porque entonces era necesario de toda necesidad derramar á torrentes la luz sobre las obscuras conciencias de las incultas masas del pueblo; porque en aquella sazón hasta las exageraciones más estupendas tenían razón de ser, toda vez que mientras mayor fuera el odio que inspiraran los dominadores á quienes se quería derrocar, mayor también sería el número de prosélitos que seguiría á los apóstoles de la doctrina libertadora. Que mientras no estuvo consolidada la obra de Hidalgo se haya procurado traer á la memoria del pueblo, en los grandes aniversarios, el pasado con sus exacciones desapoderadas, con sus inquisitoriales torturas, para subyugar con esos recuerdos el ánimo de las muchedumbres que se arremolinan junto á la tribuna cívica, nadie podrá extrañarlo, porque esos eran los medios necesarios para sugestionar á los nuevos ciudadanos; porque para hacer que todos amen á los héroes que realizan los grandes hechos que cambian el modo de ser de las Naciones, nada tan eficaz como la exhibición del cuadro en que aparecen la brillante luz del presente en contraposición con las densas sombras del pasado. Pero todo debe hacerse en el lugar y tiempo oportunos.

El orador que se dirige á las turbas indoctas no se expresa de igual manera que el orador de las academias científicas; como el periodista de combate es distinto del historiador docto y reposado. Por eso no aplaudo los recursos de que el Sr. García se vale para historiar hoy la conquista y hacer que perdure el odio á los que la realizaron. Hierven en su libro rencores que podría llamar yo retrospectivos; saña que no se amengua ni ante las tumbas cubiertas por el polvo de los siglos; y esos rencores y esa saña me parecen, por modo absoluto, impropios en un escritor sesudo que trata de infundir su criterio, y creo que en vez de conseguirlo, desautoriza su tesis desde el momento en que da lugar, él mismo, á que el lector se pregunte á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación tiempo ha por el tribunal augusto de la conciencia humana.

Ya no sólo en las obras sobre historia patria, escritas para la enseñanza de las nuevas generaciones, en los discursos patrióticos

de los que se dirigen á las masas populares anualmente el 16 de Septiembre, son bien distintos los procedimientos que los pensadores emplean desde hace algunos años. Tanto es así, que no se ha dejado oír una sola palabra de protesta cuando un orador ha expresado en la tribuna cívica, en 1886, los conceptos que siguen:

«Sereno ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crisis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolución social, como se conmueve la naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razón por el estudio de las causas y consecuencias de la insurrección de 1810, vemos que los tres siglos que antes llamáramos solamente de odiosa servidumbre, no fueron sino una de las etapas que habíamos de recorrer para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico tuvieron origen y desenvolvimiento las ideas y los demás elementos constitutivos de la nacionalidad mexicana.

«Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusión de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio, conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heroico de su valor y lo singular de su constancia.

«No era posible que la nación dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cejasen en sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí también que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mexicanos.

«Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podía menos de suceder: vimos que la conquista española había sido un bien, toda vez que merced á ella trocóse la sangrienta religión azteca por las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazón poseía, nos había hecho partícipes, y que, su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo nos lo habíamos asimilado; comprendimos que podíamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mexica, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuído al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nación que fué nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro origen, y resueltos á no desmen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tir jamás con nuestros hechos las virtudes que habíamos heredado.»

¿Pero qué mucho? Ayer, en el último aniversario del fallecimiento del más ilustre prócer mexicano, del indio de Guelatao, arrebató hasta el delirio á innúmeros oyentes un joven, inspirado tribuno, al proclamar en frase brillantísima, que «hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos parecen en la historia científica, con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas «á priori» *las etapas más infaustas de la crónica humana;* que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres y armado de formidables picas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social,» idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; que, por último, hoy vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención.»

Eso dijo el Sr. Urueta, que es el orador á que aludimos, precisamente en un día del propio mes de Julio en que fué puesto á la circulación el libro del Sr. García. La juventud que llena actualmente las aulas, los legisladores, los estadistas, los representantes de las clases obreras, los de las Academias científicas, el pueblo todo, cuantos con ardentísimo entusiasmo significaron al Sr. Urueta con no interrumpido aplauso que compartían sus ideas, ¿compartirán también las del Sr. García que son, en los albores del siglo XX, la antítesis más perfecta del concepto de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Pasemos á otro género de consideraciones. Enamorado, y con razón el Sr. García, de la altísima figura del venerable Fray Bartolomé de las Casas, el santo apóstol de la caridad cristiana, noble y heroico defensor de los indios, su protector más eximio, *Padre de los americanos,* como decía la antigua inscripción grabada en el Colegio de San Gregorio, no se concreta á tributarle el culto de su admiración acendrada, y á la que es, no me cansaré de repetirlo, acreedor por indiscutible derecho, sino que tómale por modelo al constituirse hoy en el acusador implacable de los conquistadores, y emplea el método seguido por su maestro amado, de hacinar horrores, nada más que horrores, de no admitir atenuante alguna, como por ejemplo ésta: la esclavitud no sólo estaba aceptada en el siglo XVI aun por los pontífices y por los más cristianos varones, sino por el mismo Fray Bartolomé de las Casas que se hizo reo de ese delito, puesto que tuvo esclavos á su servicio. ¿Quién lo ignora?

Para conocer hasta dónde llega en sus extravíos la pasión del Sr. García, á quien el Sr. González Obregón califica de historiador sin prejuicios ni apasionamientos, y para dar á sus afirmaciones su justo precio, basta fijarse en las locuciones que emplea cuando trata de deprimir, á quien quiera que sea, si no es de su devoción.

En la página 379 de su libro, encontramos los párrafos que van á continuación: «Varios testimonios fehacientes podríamos aducir aún sin trabajo alguno en comprobación de los asertos anteriores, pero de intento vamos á limitarnos al del P. Motolinia, *el émulo más procaz* que tuvo nuestro intachable don fray Bartolomé de las Casas.» —Llena á seguida cerca de tres nutridas páginas con las tremendas acusaciones que Motolinia hizo con espíritu justiciero, y agrega: «Son sin duda contundentes las confesiones hechas por el mismo *fraile* que á la vez que con mayor exaltación *osaba atacar al sublime defensor de los indios don fray Bartolomé de las Casas* llamándole vago, bullicioso, y falto de sosiego, embustero y torcido, prodigaba en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fué el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés «amó y defendió á los indios en este mundo nuevo.»

Las Casas para el Sr. García, era don, es decir señor; era intachable y sublime, era Bartolomé *de las,* es decir, noble; Fray Toribio de Benavente era simplemente Toribio, sin *don; fraile* (en tono despectivo) procaz y osado. No importa que sea uno de los historiadores primitivos, no importa que en su *Historia de los indios de Nueva España* condene los crímenes y desmanes de los conquistado-